

EL PARQUE AZUL

Clea corría entusiasmada hacia la entrada del parque azul, a Eva le encantaba la sonrisa que veía en el rostro de su hermana cada vez que cruzaban el umbral, le encantaba el aroma a flores que desprendía aquel lugar, la manera en la que sus hombros se relajaban; pero, por encima de todo, le encantaba poder pasar tiempo con su hermana.

Clea se encontraba en el banco del fondo, en el que siempre se sentaban. Lo había escogido el primer día de mudanza, desde allí se podía ver todo el parque, incluido el lago. A Clea le gustaba ver cómo los patitos se bañaban y bebían casi tanto como a Eva le gustaba escuchar las risitas que soltaba su hermana. Era el único momento en el que sentía que podía respirar profundamente. Todos los días era lo mismo, Clea jugaba y Eva observaba, eso era todo, era suficiente, más que suficiente, era perfecto. O lo fue, hasta que las sonrisas desaparecieron, las flores se pudrieron, sus hombros se tensaron y con ellos todo su cuerpo.

Pero lo peor fue no poder pasar más tiempo con su hermana, ver el banco del fondo vacío. No pudo volver a respirar profundamente en el parque azul. Sentía como las lágrimas amenazaban con escaparse y como parpadeaba en un intento inútil de retenerlas. Eva lloraba desconsoladamente en aquel banco del fondo, sola, con su tristeza como única compañía. Miraba a los patitos y su vista se tornó borrosa cuando se dio cuenta de que no escuchaba ninguna risita. Las lágrimas dejaron manchas en la ropa de Eva, dejaron rojos sus ojos de tanto llorar, pero nada de eso le devolvería a su hermana. Cerró los párpados y recordó todas las sonrisas, todas las carcajadas que le había arrancado a Clea en el pasado. Y allí se quedó, en el parque azul, último banco, perdida en sus propios recuerdos.